

Biblioteca-Films

Nº 252 JUGAR CON FUEGO 25
CTS.



Hoot
Gibson

BIBLIOTECA FILMS
"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16

BARCELONA

AÑO V **APARECE LOS MARTES** Núm. 252

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

JUGAR CON FUEGO

Original y divertida comedia del Oeste, interpretada por el célebre cow-boy

HOOT GIBSON

por C. GOTARREDONA

.....

EXCLUSIVA

Hispano American Films

Valencia, 233 **Barcelona**

A TRIEK OF
HEARTS
1928

REPARTO

Diego Tully..... **HOOT GIBSON**

Claudina..... **Geogia HALE**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

I

Para vergüenza y ejemplo de los hombres, nació, allá entre los montes del risueño y fabuloso Oeste, un pueblecito al que pusieron el nombre de Villavarón.

Villavarón fué un apacible pueblecito rural, hasta el día falaz en que se invirtieron las cosas: entonces, a partir de aquel momento, se convirtió en Villavarona.

Las causas que determinaron un cambio tan notable, fueron unas elecciones municipales. El hecho fué que las mujeres tuvieron mayoría absoluta... hemos dicho que fué un hecho, pero más bien podríamos decir que fué una desgracia.

La alcaldesa, que en la vida pública—con perdón sea dicho—derrotaba a su marido, birlándole la vara, estaba más que orgullosa, y se ufanaaba de ello, el día del triunfo, entre un grupo de electoras.

—Ahora que de alcaldesa cónyuge he pasado a alcalde efectivo, veréis la labor que hago en el Ayuntamiento.

Bien es verdad que el derrotado alcalde había perdido, desde hacía tiempo, toda autoridad efectiva sobre su mujer. Dicho en sentido más llano: la mujer llevaba los pantalones.

—¿Y qué piensa hacer, doña Pancracia, ahora que es usted alcalde?—preguntó una concejala, mirando de hito en hito al marido de la aludida, que se hallaba a dos pasos, rodeado de un grupo de amigos.

—¿Qué pienso hacer? Primero pondré orden en las cosas del Ayuntamiento... y después en las costumbres de los hombres— respondió la alcaldesa en voz alta para que los de al lado la oyesen.

—¡Maldita sea...!—exclamó el marido, sin osar levantar mucho la voz, chupando furiosamente la pipa que tenía entre los dientes.

—Lo primero que prohibiré—prosiguió su mujer—será fumar.

—¡Buena medida! — afirmaron todas las mujeres a coro.

—Ahora falta que se cumpla—objetó otra a quien el humo de la pipa del exalcalde había hecho toser tres o cuatro veces.

La alcaldesa echó una mirada en derredor y al ver a su marido con la pipa en la boca, exclamó, encarándose con él:

—He dicho que lo primero que prohibiré será el fumar.

—¡Maldita sea...! — dijo el desventurado marido, guardándose la pipa apresuradamente en el bolsillo del pantalón.

La alcaldesa y sus amigas se marcharon satisfechas hacia el Ayuntamiento, a tomar posesión, en tanto que los hombres, los pobrecitos hombres, quedáronse criticando bajo un árbol.

—¡Todavía sería yo alcalde si los hombres hubieran votado dos veces por mí! — aseguraba el derrotado marido. — Ahora que mi mujer se ha hecho cargo de la vara, la cosa se pone fea, feísima. ¡Maldita sea!

—Es que las mujeres estaban en mayoría —aseveró uno.

—¡Y no nos han dejado votar dos veces! —añadió otro.

—¡Maldita sea!... ¡Ya veréis a mi mujer empuñando la vara! ¡Esta mujer me quema!

Al decir la última palabra, el alcalde lanzó un grito y empezó a saltar.

—¿Qué le pasa? ¿Qué tiene? —preguntabanle sus compañeros de infortunio.

—¡Que me quema... que me quema! —decía, llevándose las manos al bolsillo del pantalón, por donde salía abundante humo.

Era que el tabaco le había prendido fuego en el forro del pantalón. Tuvieron que meterlo en un abrevadero para apagarlo...

II

En tanto, en una alegre casita, a la entrada del pueblo, entre cuatro acacias y cuatro rosales, la rosa más hermosa de todos los campos que circundaban con su verde cinturón la bella campiña de Villavarón, se hallaba asomada en la verja, oteando el camino, en espera de que llegase el más aguerrido de los jinetes de la comarca.

Ella se llamaba Claudina; era bonita como los campos en mayo, como las noches de luna clara, como el amor y como la luz.

Mientras no lejos de allí, entre el tumulto de la tarde de comicio, las otras mujeres celebraban su reivindicación y exteriorizaban sus odios contra los hombres, ella contaba los minutos que pasaban en la espera de que asomara, tras los cerros, el hombre de su corazón.

En tanto, Diego Tully, que éste era el

nombre del afortunado galán por quien latía el corazón de Claudina, cortaba el viento, jinete en su caballo, ansioso de ver pronto la casa de su amada.

Hacía tres meses que Diego Tully había salido del pueblo. Tres meses sin ver a la mujer amada, es una eternidad, si se sabe vivir ausente tanto tiempo.

En cuanto Claudina divisó la polvareda que levantaba el caballo de su novio, corrió a ocultarse, para darle una sorpresa.

Llegó éste a la casa y transpuso la verja. Poco después apareció Claudina y los dos se oprimieron las manos con fuerza.

—Pero, Diego mío—dijo ella al cabo de un momento—¿cómo has tardado tanto en volver?

El novio sonrió, y mientras se llevaba la mano a uno de los bolsillos de la camisa buscando algo, le dijo:

—Es que había encargado algo al platero y no lo terminó hasta hoy.

Al decir esto sacó un anillo de oro, que Claudina rechazó con un gesto de falso enfado, pero muy complacida, en el fondo.

—Ah, conque fué esto lo que te retrasó tanto! ¡Pues como ha pasado mucho tiempo, he tenido ocasión para cambiar de pensamiento, y no lo quiero!

—Si vuelves a decir esto otra vez, me moriré del disgusto.



Por fin Claudina se dejó poner el anillo.

Por fin, Claudina se dejó poner el anillo, y mientras Diego efectuaba esta operación, no sin cierto temblor que la dificultaba, los ojos de la rosa más bonita de los valles de Villavarón brillaban con destellos de dicha.

Después se enfrascaron en una animada conversación, de la que no podemos transmitir nada a los lectores, porque nada se oía: tan juntos estaban los novios. Sólo se percibía un rumor, un delicioso rumor de voces enamoradas.

Por fin, llegó la hora y Diego se dispuso a marchar. Al despedirse, dijo:

—Voy a pedirle permiso a mi padre, y dentro de unos días nos casamos.

Se dieron el último adiós muchas veces, como todos los novios, y cuando Diego desapareció por las lomas opuestas, la rosa más bonita de los valles de Villavarona, se quedó muy triste...

III

“Días Dorados” era uno de los mejores ranchos tejanos. Allí habían nacido cuatro generaciones de los Tully.

Diego llegó a su casa al caer la tarde. Su

padre ya le estaba aguardando con impaciencia.

En cuanto Diego echó pie a tierra, dijo a su progenitor:

—Oye esta buena nueva, papá, antes de que se me olvide: Claudina y yo nos casamos.

El viejo sonrió con sorna.

—Ya cambiarás de parecer cuando te enteres de lo que pasa en el pueblo desde que tú te marchaste. Para muestra, lee el periódico.

Diego leyó en el periódico que le mostraba su padre, lo siguiente:

VILLAVARON CAE EN MANOS DE LAS MUJERES

“Los cargos de alcalde y comisario recaen en dos mujeres. El nuevo alcalde, doña Pancracia Jones, se propone cambiar el nombre de Villavarón por el de Villahembra. Todas las mujeres votaron y por gran mayoría derrotaron a los hombres.”

Diego no quiso leer más. Con los titulares de la información de los tristes acontecimientos de aquel día, le bastaba, pero así y todo, indicó a su padre que aquello no afectaba para nada las buenas relaciones que le unían con su novia.

—Te diré, hijo, te diré. De esta fiebre fe-

minista tienen la culpa los hombres, que se han ido dejando dominar tontamente. ¿Y tú querrás ser uno de ellos?

—Mi Claudina no intentará dominarme. Ella no cree en eso—objetó Diego.

—¡Si hoy no queda ningún hombre en el valle que sea amo de su casa!—afirmó su padre.

Se entabló una fuerte discusión, y al cabo el padre propuso:

—Toma cien gallinas y dos caballos; ve de casa en casa; si encuentras un hombre que sea amo de su casa dale un caballo, pero si manda la mujer, dale una gallina. Si vuelves con uno sólo de los caballos, te dejo casar con Claudina y os regalo la mitad de la hacienda.

Convenía, claro está, a Diego, semejante proposición, y la aceptó con la seguridad de que saldría ganancioso.

Uno de los criados de la hacienda, mulato por más señas, dijo para su capote:

—Voy a enseñarle a Diego que en casa mando yo, y me ganaré el primer caballo.

El mejor modo de ganar era soltando unas cuantas tortas a su mujer y que ésta fuera a quejarse al “amito”, como había hecho otras veces... pero no contaba con la ligazón femenina, ni con el frente único, y poco después fué él quien tuvo que salir más que corriendo, perseguido por su mujer.



Voy a enseñarle que en mi casa mando yo.

Diego y su padre presenciaron la escena.

—Eso es para empezar. Dale una gallina a ésta.

Diego hizo lo que su padre le mandaba, y al marchar hacia el pueblo, con dos jaulas de gallinas y los correspondientes caballos, aun dijo al padre:

—Sé que estás equívocado, papá, y voy a demostrártelo.

IV

Los hombres no tuvieron más remedio que retirarse a la vida privada. Más de un marido hubo de ponerse a zurcir calcetines y cuidar de los críos, mientras la mujer buscaba influencia para conseguir una plaza de policía.

—¡Maldita sea!—decía el destituido alcalde—. Ahora no tendrá más remedio que suceder a los caprichos de mi mujer, y el día que se le antoje, habré de fregar los platos.

La única mujer en el pueblo que había permanecido inmune al notable cambio que se operaba en Villavarón, era Claudina; su tía había sido nombrada comisaria de policía, y como en su casa no eran más que dos, mientras la tía despachaba sus asuntos oficiales, Claudina arreglaba al casa.

—Usted debería haberse casado, porque sino tendrá que buscarse una criada... —decía la alcaldesa.

—Prefiero más una criada que un marido — afirmó la comisaria—. Lo único que siento, es que Claudina haya de rebajarse a hacer las denigrantes faenas domésticas, y

lo siento más porque esa chica tendría un buen porvenir en la policía.

Aquella misma tarde, como se ha dicho, “el alcalde” y “la comisaria” tomaron posesión de sus respectivos cargos.

Una disposición de la autoridad municipal bastó para que automáticamente quedaran cesantes todos los guardias, pasando a ocupar sus puestos un escuadrón de preciosas “guardias”.

La primera visita oficial del alcalde, fué a la comisaría.

—Comisaria—dijo—. Aquí vengo a inspeccionar a nuestras “guardias”.

Formaron éstas con una perfección que dejó satisfecha a la alcaldesa.

—¿Verdad que están imponentes?—dijo la comisaria.

Imponentes, no; pero bellísimas, sí lo estaban. Daban ganas de faltar a las ordenanzas para pasear por el pueblo entre dos guardias...

La alcaldesa cometió la ligereza de querer examinar una pistola de una de las guardias y entonces se deshizo la formación, porque cada cual corrió a esconderse.

—Jesús, hija—dijo la comisaria quitándole el arma—. No cometa estas ligerezas. ¡Podía estar cargada!...

—¿Que no lo está?—preguntó la alcaldesa.

—No, hija, no, por Dios... Cualquiera pone balas a las pistolas. Ya se sabe: el demonio las carga...

En tanto, Diego recorría el pueblo repartiendo gallinas. A medida que visitaba casas sufría más desengaños, porque reconocía que su padre estaba en lo cierto.

Tantas gallinas había repartido ya, que las daba automáticamente, y se extrañó mucho de que al dar un ave a una vecina que aseguró mandar en su casa, asomara el marido a la puerta, diciendo con ojos destemplados:

—¿Qué quiere decir eso de dar una gallina mi mujer?

Diego le explicó su objeto con la íntima esperanza de encontrar ¡al fin! un hombre que mandase en su casa, como parecía aquél, a juzgar por la rabia con que había arrebatado la gallina de manos de su mujer.

—Pues, sepa usted que en mi casa mando yo y nadie más—exclamó el marido, después de oír la relación de Diego—. Por consiguiente, me quedaré un caballo... el más chiquito, que supongo no comerá tanto.

Dióselo Diego de buena gana y prosiguió su camino, contento de haber ganado la apuesta, en tanto que el marido y su mujer disputaban.

—Vamos, Zacarías de mi alma—dijo la mujer poniéndose melosa—ya sabes lo que me gustan las gallinas. Además, estando así.

Ve y dile al hombre ese que tu costillita prefiere la gallina.

El bueno del marido accedió y devolvió el caballo a Diego.

—Preferimos la gallina—dijo—porque una gallina pone huevos y un caballo pone mala cara si no come bastante.

Diego hizo el cambio de mala gana, y mientras proseguía su camino, oyó una discusión del matrimonio.

—¡Quiero la gallina al horno!—decía el marido.

—¡La comerás con pepitoria!

—¡Pues yo la quiero... con pepitoria también!

Diego se iba convenciendo de que los hombres de verdad iban más escasos que los dientes de avestruz; pero llegó a un rancho, y al ver el aspecto del dueño y su descomunal estatura, no vaciló en creer que se hallaba ante un verdadero amo de su casa, y sin más ni más le dijo:

—Me alegro, al fin, de haber dado con un hombre digno de serlo. Elija el caballo que quiera.

—Deme el negro y aprisa.

Mas en esto apareció una mujer bajita, que no llegaba al marido ni a las rodillas, y Diego vió a aquél ta atemorizado, que dejó sin vacilar una hermosa gallina.

—Veo que aquí son las mujeres las que

llevan los pantalones—dijo Diego al criado negro que le acompañaba.

—Eso parece...—respondió éste filosóficamente.

—¿Lo parece?... ¡Es, es! ¡Recuerda la pálida que te ha dado tu mujer; piensa en la mansedumbre de todos los maridos que hemos visto esta tarde, y en la virilidad de sus respectivas mujeres.

Caminaron un largo trecho en silencio. Visitaron más casas y media hora después, ya habían acabado la provisión de gallinas y Diego decidió hacer una visita a Claudina.

—¡Esa sí que es buena y dulce! ¿Verdad, Domingo?—dijo Diego.

—Lo mismo decía yo de la mía cuando nos conocíamos de novios; pero las cosas han cambiado mucho desde que nos conocemos de casados. ¡Todas son iguales! ¡La mejor... para encerrarla!

—No digas esas herejías, Domingo. ¿Quieres una mujer más scariñosa que Claudina?

—Sí, sí... Fíese usted de las mujercitas cariñosas. Son como los gatos: mucho mimo, mucho retorcerse y cuando menos se piensa sueltan el zarpazo.

V

—Tía Crisóstoma: estoy esperando a Diego. Somos novios.

—No te preocupes de eso, hija. Tengo para ti algo más serio. Déjate de casorios y te nombraré vicecomisaria.

Este ofrecimiento bastó para tentar a la rosa más bonita de Villavarón. Minutos después se presentaba ante ellas Diego, que venía con una carreta con dos jaulas vacías y dos caballos detrás.

Claudina le acogió con mucha frialdad.

—He tardado un poco, querida—dijo Diego a la joven.

—Tengo que advertirle—dijo la comisaria respondiendo por Claudina—que mi sobrina ha decidido no casarse.

—¡Claudina! ¡Espero que eso no irá en serio! ¿Verdad?

—Pues, claro que va en serio...—respondió ella sin inmutarse.

—Conque ¡prefieres esa estrella a mi anillo!—dijo Diego con desaliento.

Se marcharon Claudina y su tía, y mientras Diego las veía desaparecer, el negro que

le acompañaba puso en sus manos un polluelo recién nacido.

—¡Esas mujeres están locas... pero tú verás!—dijo resueltamente—. Id a todos los ranchos del valle a convocar a los hombres para que mañana a las dos vengan al Hoyo Hueco.

En el Hoyo Hueco habían dado los indios su última batalla. En aquel histórico sitio se reunieron los hombres de Villavarán, ante los que Diego hizo el siguiente discurso:

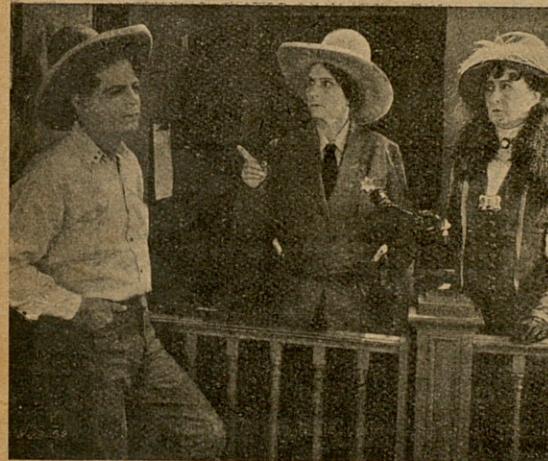
—¡Muchachos! ¡Es cuestión de poner a esas señoritas en raya! ¡Hasta mi novia se ha vuelto loca! Hay que reivindicar los pantalones, y como por la fuerza no haríamos nada, porque la ley y el sufragio universal las ampara, hay que llevarlas al fracaso con habilidad. Podríamos fingir atracos, robos, para asustarlas.

—Aunque forastero—dijo uno que nadie conocía— me ofrezco a ayudaros; tengo unos cuantos compañeros al otro lado del cerro y nos pondremos a vuestra disposición.

Los “asambleístas” aceptaron por unanimidad.

—Las mujeres—añadió el forastero—nos tomarán por bandidos de verdad. ¿Queréis que empecemos asaltando el Banco?

—Sí, sí. Si la cosa se hace bien, las aterrizaremos—dijo Diego.



Tengo que advertirle que mi sobrina no se casa...

—No se preocupe de ello: lo haré como si fuera un profesional.

Puestos todos de acuerdo, se organizó un plan combinado, según el cual no pasaría día sin que en Villavarán ocurriesen toda clase de sucesos.

Los primeros que trataron de espantar a las mujeres, fueron los dos criados de Diego, los cuales simularon un incendio, con tan mala fortuna, que fueron sorprendidos infraganti y dieron con sus huesos en la cárcel.

Aquel día acudieron diez o doce vecinos a

la comisaría, denunciando otros tantos robos. Por la localidad se esparció el rumor de que Black Jack, un feroz bandido que traía atemorizada a la comarca vecina, había levantado su campamento cerca de Villavarón e iba a entrar a saco en el pueblo de un momento a otro.

Los hombres temblaban... y las mujeres también.

Mientras tanto, en un bosque de los alrededores de Villavarón, el forastero que tan gallamente había ofrecido su cooperación a los esforzados vecinos de la localidad, reunía a un grupo de facinerosos.

Era el propio Black Jack.

—Los hombres de Villavarón quieren echar a las mujeres de la política a fuerza de sustos—les dijo—y me han comisionado para que yo simule un robo en el Banco de allí.

—¿Y tú qué vas a hacer?—preguntó uno.

—¡Tú dirás! ¡Nos llevaremos todo el dinero! ¡Muchachos: es cuestión de prepararse bien para la función, para que estos infelices puedan decir que hemos cumplido a la perfección!

Claudina había sido designada para salir en persecución del famoso bandido. Se armó de valor y de un par de pistolas... descargadas, y rezó varios padrenuestros al Angel de la Guarda.

—No te olvides, Claudina—recomendóle

su tía—, de que para darle a un hombre en el corazón, hay que tirarle al estómago.

Disponíase a salir la subcomisaria en un auto, cuando llegó un vaquero con noticias.

—Señorita Claudina: dicen haber visto a Black Jack por el camino de la Estrella.

—Ve, Claudina—dijo la comisaria con resolución —, y si encuentras a Black Jack, tráenos su cadáver.

Arrancó el auto. Por el camino, Claudina iba pensando:

—¡Dios permita que no encontremos al bandido...!

Pero lo encontraron; ¡vaya si lo encontraron! Era un bandido con unas barbas feroces, que le llegaban hasta las rodillas. Si Claudina se hubiese fijado, habría reconocido a su exnovio detrás de aquellas barbas.

El bandido fué todo un caballero. No hizo más que descerrajar un tiro a uno de los acompañantes de Claudina, el cual tuvo la precaución de untarse una sién con tinta encarnada, y nada más. Perdonó la vida a Claudina, y ésta, por corresponder, regresó sin el corazón del bandido a Villavarón.

VI

Cuando Claudina y los suyos regresaron al pueblo con el herido y le condujeron a la

comisaría, allí se encontraron con que todo el mundo iba a denunciar robos.

—¡Oigan, señoras: acaban de asaltar mi casa!

—¡Unos canallas han robado mi barbería!

—¡Un bandido ha desaparecido con mi auto y no ha dejado más que el motor!

—¡Acaban de atracar la diligencia!

La policía no daba abasto. Andaban como locas de un sitio a otro, pero no aparecían los ladrones por parte alguna.

Pero al prestar asistencia al presunto herido, la comisaría hizo un descubrimiento que vino a echar abajo los planes de los vilavarones.

—¡Este hombre no está herido! ¡Esto, y los robos que han ocurrido, no son más que burdas patrañas!

En seguida fueron a dar cuenta a la alcaldesa, y ésta acordó celebrar una sesión extraordinaria para tomar las medidas de rigor.

La sesión fué privada... para los hombres. No podían entrar allí más que mujeres.

Diego estaba furioso por el fracaso de sus planes. Lejos de rendirse, se disfrazó de mujer con objeto de enterarse de lo que las mujeres pactasen.

Llegó al punto en que la alcaldesa abría la sesión.

—Antes de entrar en el orden del día, voy



... si no me obedeces te atraveso a tiros.

a hablarles del abrigo de pieles que me he encargado.

La cosa, pues, empezó por modas, y después de esto entraron de lleno en los asuntos municipales.

A la misma hora en que tenía lugar la reunión extraordinaria, los verdaderos bandidos tomaban los últimos acuerdos sobre el asalto al Banco.

—Después de volar la caja, nos reuniremos aquí.

Y se dirigieron al pueblo, dispuestos a sorprender la buena fe de los villavarones.

—Allá va el forastero—decían los incautos
—A ver si se decide a robarnos el Banco, como nos prometió.

Antes de terminar la sesión municipal, Diego abandonó el salón. Por la calle tropezó con Black Jack, el que, al verle vestido de mujer, empezó a piropearlo. Diego se dió a conocer.

—Mi novia está en el Ayuntamiento—le dijo Diego—. Antes de dar el “golpe”, vaya y dígale que ha echado mano a Black Jack, y llévesela a la Cueva del Mochuelo, que yo ya iré por allí.

El bandido dió las órdenes oportunas a su cuadrilla para que efectuasen el robo, y él se dedicó exclusivamente a Claudina, de la que estaba enamorado.

Fué al Ayuntamiento y dijo:

—Acabo de prender a Black Jack y lo tengo amarrado en una cueva de las lomas. Necesito un guardia para que se haga cargo de él.

—Tráigalo usted misma, Claudina, y toda la gloria será suya—dijo la alcaldesa con ánimos de favorecer a la joven.

Toda vez que el desconocido pintaba la cosa tan bien, pues si Black Jack estaba amarrado no había peligro alguno, Claudina fué de buen grado.

Mientras el bandido conducía a la joven no sabía adónde, Diego Tully se ponía a temblar ante la tablilla de anuncios del Juzgado, donde había uno que publicaba el retrato del forastero, con una nota al pie que decía:

“2,000 duros daremos por la captura muerto o vivo, de Black Jack.

—¡Si es un ladrón de verdad! ¿Qué será de Claudina? ¿Y del Banco?

Diego no podía ir a los dos sitios. Los hombres se habían escondido, de acuerdo con los bandidos, y él solo tendría que luchar con quince o veinte.

Casi en aquel momento empezó el asalto del Banco.

Prefirió más ir detrás de Black Jack.

VII

El caballo de Diego era veloz como el rayo.

Pronto alcanzó a Black Jack; pero se mantuvo a mucha distancia, con objeto de no atraparle hasta el momento oportuno.

En tanto, el bandido estaba muy satisfecho del éxito que obtenía y miraba a Claudina.

na de soslayo, pensando que una mujer tan bonita valía más que la caja del Banco.

Llegaron ante una pequeña barraca y Black echó pie a tierra.

—Allí dentro dejé amarrado al bandido. ¿Quiere usted entrar?

Claudina entró y no vió a nadie en la reducida habitación.

—¿Dónde está Black Jack?—preguntó.

—Aquí, ¿no lo ve usted?—respondió el bandido sonriendo.

—No lo veo por ninguna parte.

—Pues se lo está usted mirando con los ojos—dijo el muy canalla, avanzando hacia Claudina.

Esta buscó la salida; pero aquél había cerrado previamente.

Muy mal el habría ido a Claudina si cuando estaba a punto de caer bajo las garras del bandido, no se hubiese presentado una mujer que sin duda enviaba la Providencia, y que, arremetiendo contra el bandolero, le puso fuera de combate en pocos minutos.

Claudina salió afuera antes de que se terminase la lucha.

Casi en el mismo momento, echaban pie a tierra, en una explanada de al lado, los que habían dado el golpe en el Banco. Unas cuantas mujeres habían tratado de seguirles y ellos aguardaban su llegada y las desarmaron fácilmente.

Mientras tanto, en el interior de la cabaña Diego lograba poner fuera de combate a su contrincante, gracias a un certero puñetazo, y lo maniataba.

Diego se asomó a una ventana y vió que el cuerpo femenino de la policía de Villavarón había caído en manos de los bandidos.

Entonces se acercó a Black Jack y le dijo:

—Vas a salir fuera y hacer todo lo que yo te mande, y si no me obedeces, te atraeveso a tiros.

Black Jack obedeció como un cordero: Diego le había atado las manos a la espalda y no parecía que estuviese atado.

Le hizo parar junto a un gran risco y desde allí le dictaba lo que tenía que decir.

Los bandoleros bromeaban con las mujeres.

—Muchachos: no es de hombres ensañarse con mujeres—dijo Black a indicaciones de Diego—. Devolvedles las armas y desatadlas.

Sus secuaces obedecieron sin replicar.

La comisaria estaba encantada de la amabilidad del bandido.

—¡Qué bandido más romántico es usted! ¡Como en las novelas!—dijo, enterneciéndose.

En esto se presentó Claudina y dijo:

—¡Ya le dará romanticismos el juez! ¡Es Black Jack en persona! ¡Aquí está la mujer a quien se lo debemos todo!

Hay que advertir que Diego aun no se había quitado el vestido de mujer y, por tanto, aun le confundían con una del sexo "débil".

—¡En marcha al pueblo!—dispuso la comisaria, después de haber felicitado efusivamente a Diego—. Vamos a enseñar a los hombres a cazar bandidos.

Las restantes policías ya habían atado codo con codo a toda la banda, y media hora más tarde entraba la triunfal comitiva en el pueblo.

Allí la comisaria explicó lo ocurrido a su manera, ante los hombres:

—Luché cuerpo a cuerpo con Black Jack, hasta agotarle las fuerzas y rendirlo. Después que hubé prendido el resto, pensé en la recompensa y vengo aquí a por ella—dijo a la alcaldesa.

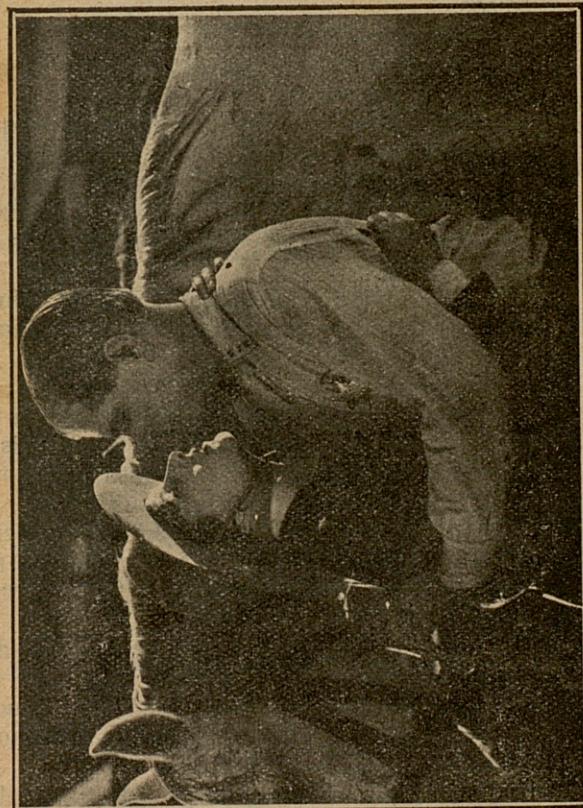
—Pero, tía—indicó Claudina— ahí está la jovencita que realmente nos salvó a todas!

—Está bien—dijo la alcaldesa—. Voy a hacer a esta señorita vicecomisaria. ¡En este pueblo, lo que hace falta, son mujeres como usted!

Diciendo esto, la comisaria abrazó a Diego y estampó dos sonoros besos en sus mejillas.

El ex-alcalde se amoscó un poco, porque aquello, delante de todos los hombres del pueblo, no estaba bien.

—Oye, Diego—le dijo a éste en voz baja.



Diego mío, quifame la estrella y devuélveme el anillo.

—Procura que no se repita esa escenita de besos.

—¿Está usted celoso?

—Hombre, celoso, celoso, no; pero no me gusta.

—¡A ver si va a resultar usted peor que las mujeres!

Por su parte, a la alcaldesa le llamó la atención el que su marido hablase en secreto con aquella mujer, y una nube de celos la descompuso.

—¡Te advierto que cuando vuelvas a dirigir una mirada a esa mujer, te mando encerrar!

—¿Por qué...?

—¡Porque para mujeres ya basta con la tuuya! —dijo la alcaldesa—. Y yo he visto que ésta te miraba retorciendo los ojos y sonriéndote con mucha cuquería... —añadió.

El ex-alcalde y todas las personas salientes de la localidad que estaban presentes, no pudieron por menos que soltar a reír a carcajadas.

—¿De qué te ríes, lagartija? —dijo la alcaldesa a su marido.

—Ahora vas a ver —respondió éste, dando un golpe en la espalda de Diego—. ¡Vamos, hermana: quítate esa falda!

El disgusto de las mujeres, fué tremendo. Aun se habla de ello en Villavarón. Tanto la alcaldesa como la comisaría, comprendieron

el gran ridículo que habían hecho, y a partir de aquel día se retiraron de la política.

—Desde ahora —dijo el alcalde— vuelvo a tomar la vara, y ojo con alborotar mucho.

En cuanto a las relaciones de Diego y Claudina, ni qué decir tiene que se reanudaron en seguida, cuando ella comprendió que hay cosas que sólo las pueden hacer hombres muy hombres, como había demostrado serlo él.

—Diego mío: quítame la estrella, por favor, y devuélveme el anillo.

El la perdonó, porque la quería más que a las niñas de sus ojos.

Y se casaron... y fueron muy felices...

FIN

PROXIMO NUMERO

La chica del rancho

La adaptación literaria de la primera producción de la gentilísima

RUTH MIX

hija del célebre **TOM MIX**

COLECCIONE USTED LOS CELEBRES
TANGOS Y AIRES ARGENTINOS
POR SUS PROPIOS CREADORES

PIDA LOS ULTIMOS EXITOS:

BIANCO Y BACHILLIA

Galleguita. - Lo han visto con otra. - Crepúsculo. - Esclavas blancas. - Desengaño. - ¡Siempre!... - Desilusión - ¡Angustia! - Congojas - ¡Che, papusa, oí! - ¡Plegaria!... - Incertitud - Piedad - Por Florida - ¡Celosa! - ¡Araca corazón. - Bandoneón arrabalero - No te engañes corazón!

ORQUESTA TÍPICA MARCUCCI

Con los tangos de moda: Dandy! - El Ciruja. - Tus besos fueron míos. - La última copa! - Niño bien. - Esta noche me emborracho. - Pedacitos de papel. - El carterito. - Adiós muchachos. - ¡Simpática muchachita! - Hijos de nadie. - etc

LOS MEJORES TANGOS

Con los grandes éxitos: Buenos Aires. - Mi noche triste. - Padre nuestro. - Pafotero sentimental. - La copa del olvido. - La cieguita. - Maldito tango. - No le digas que la quiero. - Carnaval. - Sufra! - etc, etc.

ENVIAMOS CÁTALOGOS GRATIS

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

YA ESTÁN A LA VENTA

El máximo interés y el colmo de
la risa, en los célebres y populares

ALMANAQUES

TOM MIX

Y

H O O T
GIBSON

(AÑO 1929)

Con nuevas e interesantes anécdotas,
y una amena colección de fotografías
de estos dos popularísimos Cow-boys

PRECIO

30 ets.

Comprelos antes de que se agoten

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío de su importe en sellos de correo. — Remitan cinco
céntimos para el certificado. — Franqueo gratis.

Pedidos a Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona